

Davidson y el concepto de causación: Una crítica

Resumen

Este artículo tiene como tema la conexión entre el concepto de «razón» y el concepto de «causa» con la cuestión de cómo se relacionan ambos con la creencia. En particular, estoy interesado en analizar ciertos aspectos específicos de la tesis que Davidson sustenta, que es a su vez una versión determinada de la concepción causalista, la identidad entre razones y causas: la acción intencional es causada por determinados estados o eventos mentales, las creencias, cuya existencia explica la generación de la acción. Identifico al menos tres argumentos principales en la concepción davidsoniana de la creencia, la cual predica que las creencias son simultáneamente justificaciones y causas de la acción basándose en los argumentos siguientes: la cuestión de la homogeneidad en la adscripción de las creencias, el argumento de la coherencia lógica y el argumento general del proceso de triangulación. Esto me permite desarrollar una confrontación crítica con las tesis de McDowell y Quine, intentando proporcionar un examen filosófico de la complejidad que involucra la explicación lingüística de la relación entre razones y causas en términos de creencias.

Palabras clave: Causación, Identidad de razones y causas, Creencia, Proceso de Triangulación, Propiedades Mentales Anómalas.

Abstract

The topic of this paper is the connection between the concept of «reason» and the concept of «cause» and the question of how they are related to belief. Particularly, I analyze some specific aspects of the thesis, supported by Donald Davidson, which maintains a particular version of the causalist conception, the identity between reasons and causes: intentional actions are actions caused by certain mental states or events, the beliefs, whose occurrence explains the occurrence of action. I individuate three main arguments in Davidson's conception of belief. Davidson's thesis is that beliefs are justifications and at one time causes of action, and it is based on following arguments: the question of the homogeneity in the adscription of beliefs, the logical coherence argument, and the general argument of the triangulation process. I develop then a critical confrontation with thesis maintained by MacDowell and Quine, trying to give a philosophical examination of the complexity of reasons and causes linguistic explication in terms of beliefs.

Keywords: Causation, Reasons and Causes Identity, Belief, Triangulation Process, Anomalous Mental Properties.

* Universidad Central de Venezuela. Instituto de Filosofía.

La creencia es, desde el punto de vista filosófico, una noción harto escurridiza, tan resistente al análisis que la cuestión de su tratamiento presenta un serio desafío a los pensadores más avezados. En efecto, comprender a los demás no sólo requiere atribuirles ideas o conceptos, sino también estar capacitados para reconstruir desde fuera el estado interior en el que los otros están cuando poseen o expresan tales ideas. Ésta es la razón por la cual la noción de creencia presenta a la filosofía un serio desafío, pues el análisis conceptual del término deberá ser tal que refleje la capacidad típicamente humana de creer, la misma para cualquier tipo de idea que es creída.

En filosofía, el problema de las creencias ha sido abordado desde al menos tres aproximaciones íntimamente relacionadas, aunque en sí diferentes. Está, en primer lugar, el *problema lógico de las creencias*, esto es, la determinación de la estructura lógica de las oraciones de creencia.¹ Otra aproximación consiste en preguntarse por las condiciones internas y externas para que un estado mental dado pueda ser considerado como creencia; es el *problema ontológico de las creencias*, el cual indaga la realidad psicológica de las creencias como estados mentales. Tenemos, finalmente, el *problema epistemológico de las creencias*, es decir, el problema de la determinación de las condiciones de atribución de una creencia a un individuo con base en una reconstrucción semántica de las oraciones verdaderas lógicamente relacionadas con la sentencia en cuestión.

Por obvias razones, no me propongo tratar los tres problemas de las creencias en este trabajo; me limitaré tan sólo a tratar un concepto que en cierto modo está presente en las tres aproximaciones, la noción de *causación*, y lo haré desde la *concepción interpretativa* de la mente desarrollada por Donald Davidson, la cual -como se sabe- se opone abiertamente a la *concepción representativa* de la mente. La concepción interpretativa presenta una innegable ventaja: permite dar un tratamiento unitario a las tres cuestiones o aproximaciones arriba referidas. Ésta intenta mostrar porqué las creencias pueden analizarse como enunciados lingüísticos que poseen cierto tipo de

¹ Del problema lógico de las creencias en Donald Davidson nos hemos ocupado en un trabajo de próxima aparición aprobado para ser publicado en la revista *EPISTEME NS* bajo el título de «Un examen de la estructura lógica de las oraciones de creencia desde la interpretación radical de Davidson».

propiedades semánticas, y describe el estado de creencia como una actitud proposicional en relación con un contenido cognitivo semánticamente valuable. La teoría interpretativa busca establecer qué relaciones semánticas son epistémicamente pertinentes para la atribución de creencias y qué relaciones epistémicas son semánticamente pertinentes para definir la actitud proposicional de creencia y para explicar sus poderes causales sobre nuestra conducta.

El auténtico «nudo gordiano» en torno al cual giran la mayor parte de las cuestiones planteadas por la teoría de la mente está representado por el problema de la *causación*: ¿es posible mantener que la intención, el deseo o la voluntad, en una sola palabra, las creencias, sean causas efectivas de los cambios de los estados físicos del mundo? ¿Es posible sostener el poder causal de un estado mental sin que ello implique una «redundancia» de causas o la negación de la «clausura universal» del mundo físico? El monismo anómalo de Davidson responde afirmativamente a ambas cuestiones: las razones, las creencias y los deseos, no sólo justifican racionalmente la acción, sino que también la causan.

Jaegwon Kim ha identificado al menos tres órdenes de problemas relacionados con la «causación mental» como acción causal ejercida por la mente sobre el mundo físico, a saber: el problema del carácter anómalo de las propiedades mentales; el problema del carácter extrínseco de las propiedades mentales; el problema de la «exclusión causal».² El primero de los problemas tiene que hacer, según Kim, con el monismo anómalo de Davidson. Nos interesa, por lo tanto, comenzar nuestra exploración partiendo de esta tesis.

De acuerdo con la teoría davidsoniana de la identidad entre lo mental y lo físico, parece que ha de haber una relación estrecha entre una explicación de la interacción de las creencias y una explicación de la justificación que tenemos las personas para atribuir a los demás creencias diferentes de las nuestras. La primera explicación tiene que hacer con el *coherentismo* como tesis filosófica; la segunda, con la *causación* de las creencias. Justificar la idea de que existe una interacción tal entre las creencias de una persona que no es posible explicar una sin presuponer que guarda coherencia con las otras, debería ser

² Kim, J.: *Mind in a Physical World. An Essay on the Mind-Body Problem and Mental Causation*, Cambridge, The MIT Press, 1998.

ofrecer una caracterización precisa del modo en que se generan unas y otras. Pero esto presupone a su vez que la ontología del lenguaje del otro sí está fijada y es diferente para cada persona. Dicho de otro modo, dar una representación teórica de la habilidad de comprender impone, además de la representación de las inferencias, una representación de la pluralidad de las creencias. Pensemos, en primer lugar, que la argumentación davidsoniana en favor del coherentismo no permite deducir que existan diferencias en el proceso de triangulación entre los respectivos patrones de respuesta de dos actores ante la misma situación. Lo único que se deduce de ella es que no es posible atribuir una creencia a un hablante sin atribuirle al mismo tiempo un conjunto de otras creencias que presuponemos está asociado con aquélla. Sin embargo, comprender un enunciado en un juego lingüístico implica saber ejecutar ciertas acciones y no otras, es decir, estar capacitados para advertir las diferencias; y estas diferencias no se dan sólo accidentalmente como resultado de las atribuciones recíprocas de creencias que median la interacción concreta entre actores. El reconocimiento de las diferencias debe, pues, ser incorporado en la representación de la comprensión, a menos que se admita una dimensión preteórica del lenguaje que impide la posibilidad de una comprensión inmediata.

Ahora, ¿cómo puede ser esto posible si las creencias, al igual que los significados, son «causados» en el mismo proceso de interacción triangular? Davidson ha argumentado que al atribuir creencias y significados a los usuarios del lenguaje, el objeto de la creencia podría coincidir con la causa de la creencia. Ha distinguido, en consecuencia, en una interpretación «refinada» del principio de caridad, dos elementos implícitos, a saber: el «principio de coherencia» y el «principio de correspondencia». El primero

(...) impulsa al intérprete a descubrir un grado de consistencia lógica en el pensamiento del hablante; el Principio de Correspondencia impulsa al intérprete a considerar que el hablante responde al mismo carácter del mundo al que él (el intérprete) respondería en una circunstancia similar.³

³ Davidson, Donald: «Three Varieties of Knowledge», en Phillips Griffiths, A. (ed.), *A.J. Ayer: Memorial Essays*, Royal Institute of Philosophy Supplement 30, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pág. 158 (La traducción es nuestra).

En otras palabras, la observancia de los dos principios reduciría la brecha o diferencia entre hablantes de lenguas distintas. El principio de coherencia proporciona los medios para correlacionar los dos lenguajes permitiendo al intérprete asignar un lenguaje específico al hablante; el principio de correspondencia garantiza una porción de evidencia común suficiente para aseverar que hablante e intérprete comparten el mismo mundo. No obstante, no se nos dice todavía cómo el mundo pueda causar las creencias. Desde luego, sabemos que éstas se producen en el proceso de triangulación entre dos o más hablantes y el medio ambiente; sabemos también que responden a la tesis de la *identidad anómala de las ocurrencias*, según la cual «dos eventos son idénticos si tienen las mismas causas y los mismos efectos»; pero para que las creencias se produzcan en forma plural deben ya darse en el mundo como diferentes con anterioridad a la situación de interacción triangular. Como ha observado Quine,⁴ para afirmar que «la ocurrencia del evento A» tiene los mismos efectos (o causas) de «la ocurrencia del evento B», debo primero saber si las dos ocurrencias son idénticas, lo cual indica claramente que el razonamiento de Davidson es viciosamente circular. Empero, si no puedo probar que son idénticas, no puedo tampoco probar que sean diferentes. Así que Davidson no puede servirse de la triangulación para explicar la causación sin caer en un círculo vicioso. Puede que exista una explicación mejor de qué es «causar una creencia», pero en tal caso son los secuaces de Davidson quienes están obligados a proporcionarla.

Por lo que nos concierne, la causación de creencias es un concepto realmente problemático. Davidson ha mantenido que los usuarios de un lenguaje suelen seleccionar con base en sus intereses ciertas relaciones causales específicas de entre una infinidad de relaciones causales posibles. Por consiguiente, siempre habrá un buen número de candidatos a ocupar el lugar de «causa común de una emisión lingüística».⁵ El punto es: ¿cómo sabemos cuáles relaciones causales son de tiempo en tiempo relevantes para la comprensión del lenguaje?

⁴ Cfr. Quine, W.V.O.: «Events and Reification», en LePore, E. y McLaughlin, B. P. (eds.): *Actions and Events: Perspectives on the Philosophy of Donald Davidson*, Oxford, Blackwell, 1985, pág. 169.

⁵ Aunque Davidson no aporta nada que pueda catalogarse como evidencia de tal «causa común», piensa no obstante que no hay razones para estar «(...) worried by the dependence of the concept of the cause on our interest; it is our shared interests, our shared similarity

De nuevo, la circularidad es asfixiante. Davidson ha pretendido romper el círculo echando mano de la idea de uniformidad en la similaridad de respuestas, en el sentido de postular que los seres humanos comparten algunos patrones de similaridad innatos, de adquisición biológica, responsables a la postre de seleccionar sólo las relaciones causales revelantes; pero este último intento tampoco ha dado buenos frutos, en especial por sus indeseables consecuencias. La primera de éstas es que, de mantenerse el principio hasta el final, ello jugaría notablemente a favor del proyecto de la epistemología naturalizada de Quine, cuestión que Davidson nunca aceptaría debido a la orientación trascendental de su teoría del lenguaje. La segunda consecuencia apunta a postular una homogeneidad necesaria y absoluta entre los hablantes de cualquier lengua. He aquí como lo ha expresado claramente Baghramian:

(...) If we are prepared to bite the bullet and accept that sharing trans-socio-historical interests and cross-species similarity responses is the precondition for the existence of language, than we are in danger of not recognising divergence and imposing too much homogeneity on the speakers of all languages. A homogeneity that does not stop at the level of the ascription of beliefs, desires and truth but also intrudes into the biological substratum.⁶

La tercera de las consecuencias, acaso la más indigesta para Davidson, es la disposición a recibir cierta dosis de la medicina relativista. Putnam, que no ha tenido en su evolución filosófica empacho alguno en pasarse por todas las formas de realismo, del metafísico al epistémico, del natural al sofisticado, del interno al de «rostro humano»,⁷ no ha creído cometer pecado alguno en tomar de esa medicina, razón por la cual se ha permitido el lujo de plantear el asunto con franqueza y resignación meridiana:

responses, which decide what count as a relevant cause» (Davidson, «Meaning, Truth and Evidence», en Barrett, R. y Gibson, R. (eds.): *Perspectives on Quine*, Oxford, Blackwell, 1993, pág. 78).

⁶ Baghramian, «Davidson and Indeterminacy of Meaning», 20th World Congress Philosophy, Boston, 1998. Disponible en la siguiente dirección digital: <http://www.bu.edu/wcpPapers/Lang/LangBagh.thm>, pág. 6.

⁷ A Putnam se le ha reprochado frecuentemente su volubilidad intelectual, presuntamente responsable, entre otras cosas, de sus frecuentes, y en ocasiones drásticos, cambios de posición. La frecuencia de tales cambios ha sido tan evidente y marcada que Daniel Dennett ha

The truth of a judgement of the form *A caused B* depend upon the context and the interests of the people making the judgement (for example what the speakers want to know in the particular context).⁸

Y especifica que un enunciado causal es verdadero o falso

(...)only when a certain framework of pre-understandings is in place, including which conditions should be considered «background conditions» and which conditions should be considered «bringer-about» of effects. [But] there isn't a distinction in the physical facts themselves between background conditions and «bringer-about» of effects independent of human beings with human interests and human capacities.⁹

La conclusión se desprende por sí sola: sin la admisión de una marcada semejanza entre los proyectos o teorías de dos hablantes, y en consecuencia sin una reconfortante uniformidad en las condiciones socio-históricas y en el grado de adquisición de conocimiento, la hipótesis de patrones de similaridad universales es insostenible y el principio de la similaridad de intereses simplemente no funciona. Putnam llega a esta conclusión porque cree que el relativismo conceptual es una consecuencia inevitable -y en parte asimilable- de la correcta comprensión de la relación entre mente, lenguaje y mundo. La formulación misma del realismo metafísico queda en entredicho. Decir que en el mundo hay hechos con independencia de nuestro conocimiento de éstos, es sólo posible

(...) tras haber adoptado un modo de hablar, un lenguaje, 'un esquema conceptual'. Hablar de 'hechos' sin haber especificado en qué lenguaje estamos hablando es hablar de nada; la palabra 'hecho' no tiene un uso fijado por la Realidad en Sí más de lo que

propuesto irónicamente denominar «hilary» a la unidad de medida del cambio de ideas. Sin embargo, los simpatizantes de Putnam han tendido más bien a interpretar la volubilidad putnamiana como una virtud, alegando que resulta injusto criticar a alguien porque cambie sus propias ideas con base en argumentos en los que no había pensado o cuya fuerza no había adecuadamente calibrado. A fin de cuentas, existe un importante antecedente inmediato, y no menos intelectualmente voluble, en el contexto de la filosofía analítica misma: Bertrand Russell.

⁸ Putnam, *Renewing Philosophy*, Cambridge, Harvard University Press, 1992, pág. 64.

⁹ *Ibid.*, pág. 209.

lo tengan la palabra 'existe' y la palabra 'objeto'.¹⁰

Davidson probablemente habría podido objetar que esta afirmación sumamente trivial, pues el simple hecho de hablar de «hechos» nos sitúa ya en un lenguaje. Su objeción sería que *hablar en un lenguaje* no es necesariamente *estar dentro de un esquema conceptual*. En todo caso, en nuestra opinión resulta claro que su propio «externalismo triangular» confirma el análisis de Putnam. Observábamos hace poco que se seguía de la epistemología externalizada de Davidson la imposibilidad de dar cuenta de la pluralidad de creencias; no se entiende, esto es, cómo un «mundo único» pueda producir causalmente en las personas creencias tan diferentes. La razón de esta imposibilidad es muy simple: la epistemología externalizada de Davidson no es en modo alguno una explicación epistemológica, es más bien una posición metafísica, una descripción metafísicamente elemental de la estructura de lo real. En tal descripción, las nociones de «mundo», «creencia» y especialmente «causación» son utilizadas como conceptos primitivos o elementales; es decir, no hay en su concepción un nivel de análisis ulterior en el cual estos conceptos puedan recibir una explicación. Una consecuencia de esto, apta para poner de relieve el alcance del análisis de Putnam, es que la formulación de explicaciones radicales como las de similitud de respuestas o uniformidad universal de intereses queda precisamente en el vacío sin un análisis fino de aquellos conceptos paradójicamente decretados primitivos, a menos que.../... Y este *caveat* es importante, pues puede ponernos sobre la pista de una formulación tal que estos aspectos no permanezcan sin fundamento. Podríamos considerar, alternativamente, que la esencia de la cuestión radica en que las personas son en algún sentido diferentes unas de otras, en que hay un nivel de precomprensión o pre-lingüístico en el que se forman las creencias y se generan las diferencias, pues de lo contrario no se entendería cómo de la interacción triangular pueda originarse el pluralismo.¹¹ Dado que una creencia es, por

¹⁰ Putnam, Hilary: *The Many Faces of Realism*, La Salle, Open Court, 1987, pág. 51.

¹¹ Algo por el estilo es, por ejemplo, lo que Quine toma como punto de partida para explicar la pluralidad de las creencias en su propia versión de la triangulación. Véanse al respecto las reflexiones contenidas en «I, You and It. An Epistemological Triangle», en Orenstein, A. y

razones paradigmáticas, susceptible de ser expresada verbalmente, entonces tendremos que concluir que estas diferencias basales entre individuos resultarán transferidas al lenguaje, incorporadas a la actividad de intercambio lingüístico. En pocas palabras, el lenguaje de todo individuo ha de portar la impronta de las diferencias substanciales que marcan su relación con el mundo.

¿Qué opinión tendría Davidson sobre este modo de entender la cuestión? La pregunta, por supuesto, es retórica, pues Davidson ratificó su rechazo de la distinción esquema/contenido en los artículos posteriores a su influyente ensayo de 1974.¹² La razón es que Davidson nunca vio con buenos ojos esta suerte de fundamento quineano para la explicación de la conducta lingüística. En una discusión con Quine del año 1994, llegó a confesar no entenderla en absoluto:

(...) I still have my doubts about the importance of the patterns of stimulation, it seems to me (...) that there aren't going to be any observation sentences if you take this seriously. Because as we learn thing about the world, more about the objects (to put this in an ordinary way) that are before us, the patterns of stimulation that prompt assent are bound to change.¹³

Pero, más allá de la controversia personal con Quine, lo cierto es que Davidson jamás aceptaría la idea misma de una fase o etapa prelingüística del pensamiento, pues de haberla sólo podría identificarse con el fenómeno de la triangulación. Como lo expresara abiertamente en lo que tal vez sea su último escrito filosófico:

Hay una condición prelingüística, precognitiva que es condición necesaria para el pensamiento y para el lenguaje (...). Esta situación fundamental comporta dos (o más) individuos que interactúan en respuesta a cierta característica del ambiente externo: lo que yo llamo triangulación. Hay aquí una triple interacción, que resulta de la combinación de interacciones que son dobles desde el punto de vista de cada uno de

Kotatko, P. (eds.): *Knowledge, Language and Logic: Questions for Quine*, Boston Studies in the Philosophy of Science, 210, Boston, Kluwer, 2000, pp. 1-6

¹² Cf., por ejemplo, «The myth of Subjective» (1988) o «Indeterminism and Antirealism» (1997), recogidos ambos en *Subjective, Intersubjective, Objective*, Oxford, Clarendon Press, 2001.

¹³ Quine, W. V. O.: «Exchange between Donald Davidson and W.V. Quine following Davidson's Lecture», *Theoria*, 60(1994), pág. 230.

los dos agentes. Cada uno interactúa simultáneamente con el mundo y con el otro agente. Para plantear el asunto en términos ligeramente distintos: cada individuo aprende a correlacionar las reacciones de los otros con los mismos cambios u objetos en el mundo ante los cuales él mismo reacciona. (...) No obstante, el triángulo recién descrito es esencial para que pueda darse el pensamiento y por tanto para que pueda emerger. Sin tal triángulo, en efecto, dos aspectos del pensamiento quedarían sin explicar. Estos dos aspectos son la objetividad del pensamiento y el contenido empírico de los pensamientos sobre el mundo externo.¹⁴

En verdad, como se ha podido apreciar, Davidson no ha sido insensible a las dificultades que hemos estado discutiendo. Algunas de las afirmaciones que hace parecen estar orientadas a admitir, aunque con grandes rodeos concebidos casi para no hacerlo explícitamente, que la tesis de que el mundo causa las creencias juega en su concepción un papel semejante a la metarepresentación de la objetivación de las diferencias subjetivas encarnada en los esquemas conceptuales. Así, por ejemplo, en un ensayo intermedio ya famoso, titulado «A Nice Derangement of Epitaphs»,¹⁵ describe la actividad interpretativa como una intersección de teorías construidas para interpretar las preferencias del interlocutor. Para que tal actividad resulte posible, el intérprete ha de llamar a escena a su «teoría antecedente» y remodelarla para mejor adecuarla a los hábitos e intereses del otro hablante. Pero ¿tal teoría sería antecedente con respecto a qué?; ¿tal vez lo sea con respecto a la teoría compartida por hablante e intérprete y construida a partir de aquella intersección de teorías particulares? Lo cierto es que no queda mucho espacio para la maniobra. A mi juicio, es preciso pensar que Putnam en el fondo tiene razón, pues «teoría antecedente» en la explicación ofrecida por Davidson no puede querer decir otra cosa que «esquema conceptual» o uno de sus equivalentes: mediante reajustes parciales resultado de las compensaciones apropiadas derivadas de la evidencia en los fallos parciales de las recíprocas traducciones, hablante e intérprete afinan progresivamente sus teorías antecedentes para arribar a la comprensión y la comunicación. La teoría antecedente, en la medida en que articula la pre-comprensión del hablante, se concibe como el

¹⁴ Davidson, «I presupposti della verità», publicado originalmente en el semanario *Il Dominicale* el 9 de enero del 2000, reproducido en *Il Sole 24 Ore*: <http://lgxserver.uniba.it/lei/rassegna/000109.htm>, pág. 2 (La traducción es nuestra).

¹⁵ En LePore, E. (ed.), *Truth and Interpretation*, Cambridge, Blackwell, 1982, pp. 442-446.

espacio en el que el mundo se abre y se hace accesible en el lenguaje. Pues bien, ¿qué otra cosa puede ser un esquema conceptual?

En un libro muy notable, *Mind and World*,¹⁶ John McDowell ha replanteado nuestro problema en los términos de un dilema, planteo que puede ayudarnos a entender dónde reside exactamente el origen del rechazo davidsoniano de la distinción esquema/contenido. El punto es cómo de determinadas experiencias se origina el juicio. Si atendemos a la reconstrucción de McDowell, una de dos: o se admite que la intuición permanece como elemento externo al espacio de los conceptos e interactúa de algún modo con éste, o bien queda únicamente el espacio de los conceptos sin referencia alguna a las intuiciones, en un ámbito interno al sujeto, en el cual las razones deben ser entre sí coherentes. El dualismo se genera por tanto de la siguiente manera: o la experiencia está en condiciones de limitar la espontaneidad de mi intelecto, y puede valer como justificación de los juicios que se hacen sobre ella, o bien el espacio de los conceptos subsiste completamente separado de la experiencia, causado por ella desde el exterior y enteramente autónomo en sus razones.¹⁷

Sin explorar ahora la hipótesis conciliadora de McDowell mismo,¹⁸ podríamos informar al lector —cosa que resultará innecesaria a estas alturas— que la posición de Davidson es claramente la última, por lo que se aferra al segundo cuerno del dilema. Sólo que en Davidson lo que no vale para las razones vale desde el punto de vista ontológico: «... todos los eventos, aun aquellos que caen bajo los conceptos que sirven a la inteligibilidad del «espacio de las razones», pueden en principio hacerse inteligibles en los términos de las operaciones de la ley natural».¹⁹ En este sentido, los objetos

¹⁶ Cambridge, Harvard University Press, 1994.

¹⁷ Cf. *ibid.*, pp. 63-75.

¹⁸ Putnam ha calificado la posición de McDowell de «realismo directo», entendiendo por tal «(...) any position that denies that the objects of «veridical» perception are sense data». En el caso de McDowell, Putnam critica abiertamente su postura por estimar que falla en ver que «(...) the discriminatory abilities of animals and human concepts lie on a continuum (...), because his dependance on Kant's discussion leads him to impose much too high requirements on having both concepts and percepts» («Sense, Nonsense, and the Senses: An Inquiry into the Powers of the Human Mind», *The Journal of Philosophy*, 9(1994), pág. 493, nota 17).

¹⁹ McDowell, *op. cit.*, pág. 80 (La traducción es nuestra).

que justifican los conceptos *sui generis* del espacio de las razones, los eventos mentales, pueden estar causalmente interconectados sólo si son también miembros del reino de la ley natural. Cómo esto pueda darse lo explica la doctrina del monismo anómalo, que Davidson resume en tres principios individualmente aceptables, aunque en conjunto considerados incompatibles.²⁰ Primero, el «principio de la interacción causal entre lo mental y lo físico», que reza que eventos mentales como creencias y deseos causan nuestras acciones, las cuales causan a su vez eventos físicos en el mundo externo, y estos últimos causan en nosotros las percepciones, creencias y otros estados mentales. Segundo, el «principio nomológico de la causalidad»: si entre dos eventos se produce una relación causal, entonces existe una ley rigurosa bajo la cual pueden subsumirse ambos eventos. Tercero, el «principio de la anomalía de lo mental», que vendría a indicarnos que no existen leyes psicofísicas rigurosas, por lo que los eventos mentales que tienen relaciones causales con eventos físicos deben también ser susceptibles de descripción física de acuerdo con leyes rigurosas; por lo tanto, deben ser también físicos. De modo que, como observa McDowell, Davidson queda prisionero de su propia doctrina: el espacio lógico de las razones no puede ser aquel de la ley natural, en el cual las sensaciones o bien no encuentran un lugar, o bien fracasan como eventos materiales en limitar el espacio de la espontaneidad. Así, el aspecto más importante señalado por McDowell no es tanto que para Davidson no quede más que negar a la experiencia todo valor epistemológico, atribuyéndole sólo un valor causal, como que el espacio de las sensaciones se configure siempre como existencia de contenidos no conceptuales donde la inteligencia o capacidad de pensar

²⁰ Entre quienes han advertido con mayor claridad la incompatibilidad entre los tres principios, se encuentra ciertamente Jaegwon Kim, filósofo de la mente que ha repetidamente puesto en discusión el monismo anómalo de Davidson sosteniendo que en resumidas cuentas trata las propiedades mentales como causalmente ineficaces y por tanto como epifenoménicas. El punto para Kim es que, de seguirse hasta el fondo la idea de Davidson, obtendríamos una disyunción entre dos hipótesis, ambas muy poco atractivas: o las propiedades mentales no son más que propiedades físicas «disfrazadas», o bien son epifenoménicas (Kim, J.: «The Myth of Nonreductive Materialism», *Proceedings and Addresses of the APA*, 63(1989), pp. 31-47; reproducido en Kim, J.: *Supervenience and Mind*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 265-284).

sólo actuaría actuaría sobre ésta desde lo externo.²¹ Es por eso que el intérprete de Davidson es en cierto sentido un solipsista, pues sólo puede triangular inmerso siempre en *su* lenguaje, sin nunca situarse «en el lugar del otro». Y en esto sin duda McDowell ha visto muy bien. El antirelativismo de Davidson emerge de la indebida confrontación de dos perspectivas inconciliables: de una parte el punto de vista del hablante, inmerso en su teoría del habla, de otra el punto de vista del observador externo que mira al lenguaje como a un producto natural. En la interpretación radical no hay cabida para el relativismo, al menos en el sentido de que para comprender al hablante el intérprete no puede aprehender algo como su esquema conceptual. Sin embargo, a partir del ensayo «A Coherence Theory of Truth and Knowledge»,²² Davidson integra a su teoría del lenguaje una epistemología externalizada que reconstruye la relación entre evidencia empírica y creencias en términos causales, restringiendo la relación entre una sensación y una creencia a un vínculo de tipo causal. El punto de llegada es –como se ha visto una filosofía de tinte radicalmente antifundacionalista, empeñada en negar decididamente el problema de la justificación de las creencias y la legitimidad misma del concepto de representación. Como el propio Davidson lo ha dibujado:

Es claro que un animal que no tiene conceptos, y es por tanto incapaz de juicio, puede prosperar en un ambiente complejo (...). Nada de esto requiere de lo que llamamos razonamiento o juicios con un contenido proposicional. El pensamiento y el lenguaje parecen conceder beneficios evolutivos, pero hasta tiempos recientes la vida en este planeta ha evolucionado sin producirlos y ciertamente no era inevitable que emergieran. Puede especularse sobre las razones por las cuales la comunicación lingüística y el pensamiento perduraron una vez que un accidente los produjo, pero no hay motivo para intentar explicar porqué ocurrió ese particular accidente. Lo que razonablemente cabe preguntarse es cuáles fueron las condiciones necesarias para el emerger del pensamiento.²³

²¹ En contra de esta postura, McDowell sostiene que «... the fact that sensibility is natural works together the fact that the concept of spontaneity functions in the space of reasons, so as to rule out the possibility that spontaneity might permeate the operations of sensibility as such (...) we are debarred from holding that an experience has its conceptual context precisely as whatever natural phenomenon» (*Op. cit.*, pp. 75-76).

²² Contenido en LePore (ed.): *Truth and Interpretation*, cit.

²³ Davidson, «I presupposti della verità», cit., pp. 1-2.

En el otro cuerno del dilema podría situarse a Quine mismo. En la filosofía de Quine hay aún espacio para el problema de la relación entre el mundo en sí y sus múltiples descripciones. Es un problema que no ha de resolverse en función de denegar existencia a cualquier relación diferente de la mera causación física, inserto por tanto en el «espacio de las razones» de McDowell; en consecuencia, en una dirección marcadamente antirealista que desemboca en el reconocimiento de una pluralidad de lenguajes y teorías, y que cercena toda esperanza de dar con algo semejante a una «descripción auténtica del mundo». Tal antirealismo mira a atribuir las distintas respuestas a un mismo patrón de estimulación sensorial a la presencia de diferentes esquemas conceptuales.

Si algo claramente se desprende del archiconocido *Gedankenexperiment* de la traducción radical es que, de tenerse en cuenta la hipótesis quineana en torno a los *grados de observacionalidad* de los enunciados ocasionales y los criterios conductuales de traducibilidad para las conectivas lógicas, la traducción entre lenguas diferentes y *ex hipotesi* no emparentadas es siempre posible, debido al simple hecho de que los hablantes, sea cual sea la cultura a la que pertenezcan, compartirán al menos el mismo mundo -o sea, el mismo universo de los cuerpos u objetos físicos ordinarios-, y por tanto una misma ontología y una misma lógica, aquella clásica del cálculo de predicados de primer orden, la cual tiene a los objetos como referencia de las constantes individuales y como dominio de las variables ligadas. Puede entonces afirmarse que la intertraducibilidad de las lenguas naturales, aunque inexorablemente afecta de indeterminación, debe su posibilidad efectiva al hecho mismo de elevar la estructura sujeto-predicado al rango de *universal* o *invariante lingüística* en el sentido de Harris, cosa que mantendría intacta la garantía teórica de la posibilidad de *no reglamentación* de cada una de las lenguas. No detallaré aquí las propiedades cognitivas específicas que contribuyen a crear este efecto, pues habría que determinarlas relativamente a una u otra lengua. Baste decir lo siguiente, respecto del marco teórico en que se inscribe la tesis quineana de la reglamentación del lenguaje. Primero, una vez que se haya realizado la paráfrasis, es decir, cuando un enunciado cualquiera de una lengua ha sido vertido en el simple molde predicativo de *un argumento* que cae bajo *un operador*, la posibilidad de su traducción podrá considerarse -generalizando al máximo un caso

de *reducción teórica* o, si se quiere, *ontológica*, esto es el problema de especificar qué dominios de cuantificación pueden ser -para emplear un término acuñado por Goodman- *proyectados*²⁴ en qué otros por medio de las oportunas *funciones vicarias* o de *procuración* («*prox* y *functions*»). En segundo lugar, es claro que esto requerirá en cualquier caso -sea que se trate de dos lenguas distintas o de dos teorías expresadas en la misma lengua- de la reinterpretación de la lista, eventualmente finita, de los *predicados primitivos* o, si se prefiere, del *léxico* organizado en forma canónica de aquella determinada lengua o teoría, con el objeto de llevar a cabo lo que Quine denomina «la revisión de la ideología».²⁵ Adviértase que la revisión a la que se hace referencia no es en modo alguno algo nebuloso o abstracto, sino que es un proceso determinable a través de criterios públicos, accesibles y aceptables tanto para el traductor como para el nativo; se trata, en efecto, de la identificación de los conceptos que operan como predicados primitivos, y por tanto de la estructura ontológica que les proporciona identidad, a partir de los enunciados primordiales coordinados a las estimulaciones. Tal coordinación, sin embargo, es siempre convencional, pues obedece a una *postulación discursiva*²⁶ como forma de seleccionar de entre los enunciados ocasionales verdaderos y preexistentes aquellos que puedan usarse como base para derivar otras verdades inicialmente conocidas o desconocidas. Por último, se supone que contamos con los elementos necesarios para «... proyectar un léxico en otro». Esto puede explicarse fácilmente si nos retrotraemos a la situación del traductor radical. Recuérdese que en algún sentido éste había hecho uso de la idea intuitiva de proyección cuando

²⁴ Una *proyección*, según Goodman, es el *status* que corresponde a un enunciado hipotético cuando se ha logrado determinar como verdaderas algunas de sus instancias, mientras que otras permanecen en suspenso, pendientes aún de determinación. Por lo tanto, se dice que un predicado es *proyectado* si está contenido dentro de una hipótesis concretamente proyectada tal como «Todos los P son Q». Véase sobre este punto Goodman, N: *Fact, Fiction, and Forecast*, Cambridge, Harvard University Press, 1955; 2ª edición, Nueva Cork, Bobbs-Merrill, 1965, pp. 86-94.

²⁵ Cf. Quine, W. V. O.: «Ontology and Ideology Revisited», *Journal of Philosophy*, 9 (1983), pp. 65-72.

²⁶ La noción es de Quine y obedece a la distinción entre *postulación legislativa* y *postulación discursiva* establecida en «Carnap on Logical Truth» (*Synthese*, 12(1960), pp.350-374) para

encontraba en ella la única manera de atribuir al nativo su propio esquema conceptual, instituyéndose así aquella identidad de categorización que posibilitaba el tránsito a la identidad de referencia y gracias a la cual lograba el traductor salir airoso del atolladero de la indeterminación. En aquel contexto, la noción de proyección del esquema conceptual parecía tener un valor meramente psicológico: el antropólogo quineano proyecta su peculiar forma de categorización reificadora del universo perceptivo sobre el universo perceptivo del nativo. A mi juicio, resulta difícil descubrir en esta proyección psicológica una coincidencia con la noción teórica abstracta de proyección en el sentido de Goodman, esto es, como función de reinterpretación de los predicados. No obstante, Quine insiste en atribuir una connotación teórica precisamente a la propia «posición» ontológica primordial de los objetos,²⁷ con lo que quedaría demostrado que, desde un punto de vista estrictamente lógico, traducción radical y reinterpretación de una teoría en otra son una sola y misma cosa.

Ahora, pues, la tesis a defender es ésta: sostener la existencia de un mismo mecanismo cognitivo subyacente en las dos formas de elaboración conceptual, aquella que nos conduce a acceder a una lengua extraña, y más en general a posesionarnos de una determinada estructura lingüística, y aquella otra que nos permite, una vez catapultados en el tejido de semejante estructura, reelaborarla sin desmayo desde dentro de su envoltura. A decir verdad, buena parte de la faena filosófica de Quine ha tenido como rumbo conectar teóricamente ambas formas: primero, con la eliminación de los nombres

descartar las *verdades por convención* carnapianas. A diferencia de la postulación legislativa, la postulación discursiva no fija verdades sino «... sólo una particular ordenación de verdades» (*Ibid.*, pág. 372).

²⁷ Atiéndase, por ejemplo, al siguiente texto de Quine: «También los datos sensibles son posiciones. Son posiciones de una teoría psicológica, mas no por esto son irreales. Podemos interpretar el dato sensible como un componente hipotético de la experiencia subjetiva que se encuentra en la correspondencia más estricta con el estado de estímulo físico, experimentalmente mensurable, de los órganos terminales. (...) Pensando desde el interior de un mismo esquema conceptual llegamos a caer en cuenta de que el lenguaje como arte social se aprende principalmente en referencia a los objetos visibles intersubjetivos, y por tanto es menester considerar que estos objetos son conceptualmente centrales» («Posits and Reality», en Uyeda, Seizi (ed.): *Basis of the Contemporary Philosophy*, Vol. 5, Tokio, Waseda University Press, 1960, pp. 397-398. La traducción es nuestra).

propios y el empleo cauteloso de las descripciones definidas, que constituyen en conjunto, en mi opinión, el instrumento con que se adelanta el abandono de la noción lógico-formal de referencia, ahora enteramente relativizada; segundo, indagando precisamente en la *naturaleza cognitiva* de los predicados mediante la reconducción del concepto de reinterpretación a una transformación gradual de un contexto lingüístico en otro, manteniendo inalterado el complejo de las disposiciones verbales de asentimiento/disentimiento respecto de la evidencia observacional disponible.

Una consideración que puede ayudarnos a entender esto es que los objetos mismos, en cuanto entidades teóricas, son perfectamente prescindibles en favor de la estructura de la teoría. Lo realmente importante, lo que permanece es, en efecto, la estructura. Podemos suplantarnos unos objetos por otros y reinterpretar en consecuencia los predicados; con ello se habrá producido un reacomodo de la ontología y una revisión de la ideología, pero nada más ha cambiado, pues permanecen las mismas raíces de los mecanismos neurales que presiden la adquisición de la evidencia observacional. En palabras de Quine:

(...) Decir cuáles son los objetos acerca de los cuales alguien habla no es más que decir cómo podemos traducir sus términos a los nuestros: estamos en libertad de variar la decisión con una función de procuración. La traducción adoptada fija la referencia fluctuante de los términos ajenos sólo relativamente a la referencia fluctuante de nuestros propios términos, vinculando ambas.²⁸

No es extraño, en consecuencia, que la aceptación de estos principios coincida con el poder elucidatorio que Quine atribuye a la idea de esquema conceptual, en la medida en que el énfasis ahora es puesto en el reconocimiento de la multiplicidad de opciones lingüísticas en perspectiva de la explicación de las interrelaciones que median entre éstas, sin obviamente irrigar el terruño del relativismo extremo. Es por eso que Quine no duda en proclamar que

(...) El sistema científico, con todo y ontología, es un puente conceptual construido por nosotros, que enlaza estimulación sensorial con estimulación sensorial. (...) Para mí, la epistemología, o lo que más se le acerca, es el estudio de cómo nosotros,

²⁸ Quine, W. V. O.: «Things and Their Places in Theories», en *Theories and Things*, Cambridge, The Belknap Press, 1981. Trad. cast., *Teorías y cosas*, México, UNAM, 1986, pág. 30.

animales, hemos podido urdir esa ciencia misma, dada esa sola recepción nerviosa. Es este estudio el que revela que los desplazamientos de nuestra ontología mediante las funciones de procuración se habrían adecuado a aquella recepción nerviosa con la misma finalidad. (...) Las terminaciones nerviosas y demás cosas ceden su sitio a sus procuradores [*proxies*] apropiados, Pero es una confusión suponer que podemos mantenernos apartados y reconocer todas las ontologías alternativas como verdaderas en sus diversos modos y todos los mundos contemplados como reales. Es una confusión entre la verdad y la base de la evidencia. La verdad es inmanente y no hay una verdad más alta. Tenemos que hablar desde dentro de una teoría, aunque ésta sea una entre varias.²⁹

Y es precisamente la idea misma de esquema conceptual, en efecto, que se conecta con la reducción de las pluralidades a rasgos distintivos subyacentes; ésta preconiza justamente que el esquema es en sí inasible, en tanto representa la objetivación de las diferencias subjetivas. Pero no es una cuestión de elección, no hay otras opciones para la justificación de razones:

Las personas están necesaria aunque inconscientemente de acuerdo sobre lo que cuenta como similar si tienen éxito en aprender, unas de otras, cuándo asentir a la siguiente oración observacional dada. He aquí entonces el núcleo irreductible del relativismo: toda la evidencia sensorial reflejada en las oraciones observacionales es relativa a la organización neural que determina que diferentes agrupamientos de terminaciones nerviosas favorecerán la misma respuesta. Sujetos con modos neurales radicalmente desiguales no podrían aprender nunca unos de otros ninguna oración observacional o de cualquier otra clase. Incluso nuestro entrenamiento de un perro, caballo, oso, foca, o elefante depende de la conformidad de sus inarticulados estándares de similaridad con los nuestros. En esto consiste entonces el relativismo residual de la evidencia empírica.³⁰

En definitiva, el relativismo conceptual de Quine implícito en la idea de la pluralidad de esquemas, puede concebirse como la otra cara del realismo de raigambre fisicalista y del conductismo que guían a Quine en el análisis del aprendizaje del lenguaje.

²⁹ *Ibid.*, pp. 31-32.

³⁰ Quine, W. V. O.: «Relativism and Absolutism», 67(1984), pág. 295. La traducción es nuestra.

En síntesis, para volver a la distinción esquema/contenido, admitir su rechazo basados en una pretendida esterilidad epistemológica no basta para justificarlo. El hecho de que al interpretar los enunciados del hablante no se esté en condiciones de trazar una distinción entre sus creencias y sus conceptos -dado el supuesto de que tal distinción en verdad exista-, no priva de sentido a la idea misma de una distinción entre esquema y contenido, ni puede hacerla incoherente. Lo que hace Davidson es mostrar que el intérprete no puede reconstruir el esquema de su interlocutor; pero eso se debe a que el intérprete realiza su actividad *dentro* de la teoría del lenguaje *de Davidson*, en *su* interpretación radical, desde *su* teoría de las creencias y los significados, inmerso en *su* externalismo epistemológico, *su* coherentismo y *su* monismo anómalo. Por lo tanto, quien declara incoherente la idea de esquema conceptual no es cualquier intérprete, es en verdad el *intérprete davidsoniano*. Inclusive, en el desarrollo de nuestro análisis hemos avanzado hasta la idea de que el intérprete davidsoniano mismo parece estar urgido de alguna suerte de esquema conceptual, aportando algunos elementos de juicio para mostrar el asombroso parecido entre las «teorías antecedentes» y «los esquemas conceptuales». En esta misma dirección, se ha insinuado que el intérprete davidsoniano se pasea a sus anchas por la tierra de los fallos parciales de traducción, pues éstos parecen indispensables para activar los constantes reajustes de la teoría parcial, concebida como un espacio que se modifica constantemente en relación con las interacciones con el ambiente y con los otros hablantes. En fin, hemos concluido, inspirados en el análisis de McDowell, que la cuestión de fondo no es en realidad la inutilidad de la noción de fallo parcial, sino la contraposición entre diferentes diseños metafísicos de la relación entre las mentes y el mundo.